

“El objetivo general de la educación consiste en la elevación general de las fuerzas propias de la naturaleza humana a la sabiduría humana pura.”



2 ¿Calidad? ¡Calidad!

El hombre – bien parecido, de unos cuarenta años – se encontraba frente a la tienda y no parecía saber a dónde debía dirigirse. Esto me dió valor para hablarle: “Estoy haciendo una pequeña encuesta sobre asuntos escolares. ¿Estaría Ud. dispuesto a contestar mis preguntas?” Asintió con la cabeza y le pregunté: “¿Cómo resumiría, en una frase, lo que considera como el deber fundamental de la escuela pública?” Meditó un buen rato y contestó: “La escuela debe preparar a los chicos para la vida.” – “¿Y eso, qué significa?” – “Darle a los alumnos las habilidades necesarias para que encuentren su sitio en la sociedad, la economía y el estado.”

Agradecí y quedé sorprendido. La respuesta era precisa. Desde entonces la he escuchado muchas veces, con algunas variaciones. Y en verdad ¿quién puede estar en desacuerdo con esto?

Pero ¿acaso eso es todo? ¿Podemos considerarnos satisfechos si los egresados de la escuela sólo estuviesen capacitados para leer el periódico, utilizar los aparatos electrónicos, apañárselas en el tráfico en tanto peatón o automovilista, llenar la declaración de impuestos, saber manejar el dinero, cerrar contratos con los seguros y otros muchos requisitos de este tipo que exige la sociedad moderna? Con esto estarían “preparados para la vida”, ya que también se puede vivir muy bien sin leer jamás un libro, ni escuchar un concierto o visitar un museo, colgando de la paredes todo tipo de cursilerías, desperdiciando su tiempo libre, no sabiendo diferenciar un pino de una haya, olvidando todo lo que uno aprendió en las clases de historia, sin jamás tomar un lápiz para esbozar un dibujo y sin meditar algún día sobre el sentido de

la vida. A pesar de no hacer, ni de saber nada de esto, uno puede cumplir con sus deberes de ciudadano y ganar suficiente dinero en tanto trabajador manual o empleado.

Pero desde el punto de vista de Pestalozzi, la escuela no sólo debe contribuir a que los jóvenes “funcionen” en la sociedad, sino que debe ayudarles a desarrollar su propia personalidad con todo su potencial humano. De esta manera, los capacita para alcanzar una verdadera *calidad de vida*. *Por consiguiente, la calidad de la educación se mide de acuerdo al grado de la calidad de vida que el alumno obtiene mediante la formación.*

Vale la pena entonces meditar sobre la calidad de vida si se quiere obtener claridad respecto a la *calidad de educación*. Contemplado desde un ángulo filosófico, es muy delicado, pues ¿quién puede negarle al ser humano la capacidad de decidir, por sí mismo, lo que es calidad de vida? Pero este relativismo de valores no le es útil a un maestro. Para su labor, lo que necesita es una medida de valores, mismo si nadie puede demostrar que sea la correcta.

Nos queda preguntar: ¿Qué es calidad en la educación, qué tipo de enseñanza y de metas de aprendizaje procura “calidad de vida”?

Yo pienso que mucho de lo que nosotros, los seres humanos emprendemos, nos sirve simplemente a nosotros mismos o digamos, nos es útil para *preservar* nuestra especie. Mucho de lo que hacemos es puramente *utilitario*. Nos suministramos calorías; nos movemos de un punto A a un punto B; hablamos para transmitir informaciones y escuchamos para obtener otras; edificamos casas para cobijarnos; construimos vehículos que ruedan o vuelan para avanzar con comodidad. Pero casi siempre, esto no nos basta, pues el único propósito de alcanzar los *objetivos* no es lo suficientemente estimulante y queremos más. Nuestras actividades tienen que tener un *sentido* y procurarnos una sensación de *suspense, alegría y satisfacción*. Esto nos es posible, en primer lugar, porque podemos elevar las acciones puramente utilitarias a un nivel “superior” dejándonos guiar por *valores éticos*. Y en segundo lugar, al organizar nuestras actividades de acuerdo a *valores estéticos* podemos elaborar de una manera particularmente satisfactoria mucho de lo que no sería absolutamente indispensable, si se contempla sólo desde un puro pensamiento utilitario.

Elevarse del nivel de la pura utilidad al nivel de la ética y estética es la característica esencial de la *cultura* humana. Ahí se manifiesta la *espiritualidad* del hombre. Esta actividad significativa se debe sólo al espíritu del hombre y el ser humano sólo experimenta la verdadera calidad de vida al superar lo puramente utilitario mediante la cultura.

Por eso la escuela, si quiere ofrecer calidad de vida, no debe contentarse de ninguna manera con una simple “preparación para la vida” o sea, con la transmisión de un saber útil y de capacidades directamente aplicables en la vida futura del adulto. Su misión consiste más bien en seguir *ocupándose del sano desarrollo corporal-mental-espiritual del niño*. Y esto lo hace considerando la *realidad escolar* en tanto *realidad de vida*, que no se orienta únicamente hacia el *futuro* de los alumnos, sino que toma en cuenta su situación *actual*, de manera que sus capacidades corporales, mentales y espirituales se desarrollen a lo máximo y con tanta intensidad como sea posible. Sólo cuando esto sucede se puede hablar con seriedad de *calidad de enseñanza*. Sólo así, la escuela contribuye constructivamente a luchar contra el empobrecimiento espiritual que es el fruto de un pensamiento puramente materialista. De lo contrario, la escuela padecerá de esa misma penuria espiritual de la que sufren tantas personas cuyo trabajo está gobernado por consideraciones puramente utilitarias.

Quisiera servirme del ejemplo de la lengua, para ilustrar lo que estoy tratando de explicar. Sin duda podemos decir que ya hemos logrado mucho si nuestros alumnos pueden captar informaciones en sus mentes y pueden luego formularlas debidamente usando el lenguaje. El que lo sabe hacer es, a lo sumo, *educado* (ausgebildet) pero no se le puede aún considerar *formado o constituido* (gebildet) en el sentido literal de la palabra. Una verdadera educación precisa cultivar el lenguaje y el idioma en el sentido de una “elevación” hacia el nivel más alto de lo estético. Esto comienza ya con la articulación. Naturalmente, pronunciar correctamente es útil sobre todo para lograr una mayor comprensión, pero su sentido no se limita a eso. En la articulación correcta y cuidada se anuncia ya otra dimensión, es decir la música y con ella una nueva vivencia – tanto para quien habla como para quien escucha – en tanto expresión del espíritu humano. En la formación se trata constantemente de experimentar e incentivar lo espiritual. Cada vez que se le presenta la oportunidad, el maestro, sensible a la formación y a la calidad, toma en serio esta tarea.

Al lenguaje culto pertenece no sólo la articulación correcta, sino la respiración, la voz, la modulación, la cadencia, las pausas, la acentuación, la prosodia – todos los puntos que también son decisivos para la música. Se trata aquí tanto de una ciencia como de un arte. Los locutores profesionales – como los actores – deben conocer a fondo todo esto. Pero el habla clara y distinta que expresa correctamente el contenido no debe dejarse únicamente en manos

de profesionales: es una meta que todo maestro sensible a la calidad no debe perder de vista sabiendo que con ello puede procurar nuevas experiencias a sus alumnos.

Demos otro paso más para llegar a la lectura. Un maestro - consciente de lo importante que es la dimensión estética para fundar la calidad de vida - no estará satisfecho con la definición común de la lectura como “extracción de significado”. “Leer” es mucho más, es *transmitir* significado, *estructurar* el texto al hablarlo, *reanimar* en su propio espíritu una obra de arte. Ese maestro nunca estará satisfecho si un alumno sólo le ha “extraído” significado a un poema o a un texto en prosa - o sea, si lo ha comprendido. La labor principal, que es la de estructurar el texto por medio del lenguaje, queda aún por realizar. Esa tarea exige un esfuerzo mucho más intenso por parte del alumno que la simple asimilación y comprensión de contenido de un texto. Sólo después de esta actividad creativa uno puede apropiarse - mental y emocionalmente - una poesía, una historia, un relato. Y únicamente esta apropiación activa de una obra merece el nombre de “educación”.

En el ámbito de la lectura, lo más difícil no reside en la manera de *cómo* uno se acerca a los textos, sino sobre todo en la *selección de los textos*. La didáctica actual del lenguaje tiende a darle a los alumnos una visión de conjunto sobre todo tipo de producción y utilización de textos, pero esto no garantiza de ninguna manera que la belleza y el sentido profundo de un poema sea percibido por dentro realmente como algo enriquecedor y satisfactorio. Esto sólo se produce cuando nos ocupamos intensamente de textos verdaderamente valiosos. Contemplada a largo plazo, una cultura escolar que aparta lo insignificante y en ese tiempo - que es siempre y de todas maneras tan limitado - se ocupa de lo verdaderamente importante, es el mejor camino para despertar en los jóvenes *el amor por el arte y la literatura* y procurarles un poco de calidad de vida. Con esto surge en el horizonte una meta, que al menos hay que procurar alcanzar, si se le quiere atribuir una verdadera calidad al proceso de educación: es decir que los alumnos no sólo comprendan un texto presentado por el maestro en la clase y que lo puedan leer en la forma mencionada, sino que mediante una lección de literatura, exigente en calidad, los alumnos, de acuerdo al grado en que estén, puedan participar del amplio patrimonio cultural literario.

Lo que se ha dicho aquí, a propósito de la expresión oral y de la lectura, vale respectivamente para el cultivo de la comunicación y también para disciplinas como la escritura, el dibujo, la música, la gimnasia y en general para

cada representación escrita y gráfica de cualquier circunstancia. Siempre se trata de salir de lo puramente utilitario y de guiar a los alumnos por el ámbito cultural hacia un nivel estético más alto. El maestro que le atribuye importancia a estas estructuras encuentra siempre nuevos caminos para dejar que surja el momento estético o ético mientras enseña una lengua extranjera, se ocupa de problemas matemáticos o debate cualquier asunto concreto.

Lancemos, respecto a este contexto, una mirada sobre los principios básicos de Pestalozzi. Toda clase de ocupación con cualquier tipo de materia debe elaborarse de tal forma que las “fuerzas y capacidades” que se encuentran dentro de cada individuo puedan desplegarse. Para expresarlo de manera moderna, la educación material, es decir, el logro de metas concretas en las materias, tiene que estar al servicio de la educación formal. Debería ser obvio que una lección que aspira hacia las posibilidades “superiores” del individuo y aplica las correspondientes exigencias de calidad, incentive las fuerzas del niño de una manera mucho más consecuente que aquella que se dé por satisfecha con lo puramente utilitario. De esta manera, un maestro que también pone atención, cuando se le entregan los cuadernos, a una escritura esmerada, una presentación agradable y clara y un lenguaje sin faltas desarrolla en los alumnos toda una serie de “capacidades” que en algunas circunstancias permiten alcanzar una alta calidad de vida como también una sensibilidad para la belleza, el equilibrio, el cuidado en la realización de una tarea, la auto-crítica, exactitud, perseverancia, fantasía y creatividad.

Naturalmente, la ciencia de la educación se ocupa también del tema “calidad de la educación”. Por ello ha desarrollado una serie de sistemas para garantizar la calidad. Pero es difícil, pues las características que aquí se presentan como esenciales para la educación, se escapan a menudo, con esos métodos para evaluar el aprendizaje, por las mallas del sistema. La razón es sencilla: el resultado de una educación es muy difícil o imposible de medir o cuantificar. Por ejemplo, en la lectura, si se parte simplemente del objetivo de encontrarle un sentido a un texto, uno puede, con preguntas hábiles, comprobar si el sentido de un texto ha sido captado o no. Pero, para saber hasta qué punto el alumno se ha enriquecido a través de la lectura del texto o para saber si su necesidad de adentrarse en el mundo literario se ha desarrollado o ha seguido desarrollándose en su persona, esto no se puede medir, sino sólo determinar en un diálogo directo. En otras palabras, una verdadera calidad de educación es siempre más de lo que se deja apreciar con controles de aprendizaje y sistemas de valoración de calidad. Estos siempre focalizan el trabajo

de educación en lo menos relevante y tienden así a no darle importancia a lo verdaderamente decisivo.

Un tipo de sistema de puntos no puede asumir el control de lo que significa una “alta calidad” en la educación, sólo lo pueden los enseñantes competentes. Nadie quiere escuchar esto, pues las ideas en boga exigen objetividad y se oponen a que las apreciaciones, que serán significativas en la vida de un niño, dependan de la evaluación de un enseñante. No obstante, la consciencia de calidad del maestro – pero también su determinación para aspirar siempre hacia una “calidad superior” –son decisivas para el alcance de una verdadera calidad en la enseñanza.

El maestro no es tan sólo responsable de *chequear* los verdaderos logros de la formación sino, a fin de cuentas, de *alcanzarlos* también. Es desagradable escuchar esto para quienes limitan la importancia del maestro y lo quieren ver sólo como un organizador de cursos, uno que facilita material, crea condiciones de aprendizaje apropiadas, acompaña procesos de aprendizaje, chequea y evalúa. Esto es verdad hasta cierto punto, o sea, si se piensa que la escuela es un lugar de *formación*, en el que hay que alcanzar objetivos de aprendizaje ya dados y verificables. Pero si se considera que la escuela es un lugar de *educación*, en el que cada actividad ha de ser cultivada y elevada, de este modo, hacia un nivel estético o moral, entonces el maestro tiene, como antes, un papel central. Arraigado en su afán de esforzarse en su propia vida por la verdadera educación, puede seguir poniendo amplias metas, escoger también los *métodos y ejercicios* adecuados y elevar de manera creíble y persistente las *exigencias* necesarias. En papel o en una pantalla se pueden distribuir tareas, pero los niños, por lo general, toman en serio las verdaderas exigencias de calidad cuando *una persona*, que significa algo para ellos, las expresa.